

¿Y los intelectuales católicos?

por Santiago BRURON S.,

Presidente de la A. C. Chilena y Secretario General
del Secretariado Interamericano de A. C.

En el tiempo de la mecanización y de los robots, es el pensamiento del hombre quien mueve al mundo. Diríamos más. La colaboración de la máquina, liberando al hombre de esfuerzos físicos o mecánicos, debiera ayudar a una mayor aptitud y elevación de las ideas motrices de la humanidad.

América Latina necesita pensadores.

Una mirada sobre la América Latina del siglo XX nos convence aún más de la necesidad y de la fuerza del pensamiento. América Latina, cuya explosión demográfica es proporcionalmente la más alta en el mundo; con recursos inmensos pero difíciles y caros de aprovechar; con territorios extensísimos, de geografía casi loca, siendo, más que un continente, un conjunto de islas-repúblicas, aisladas por montañas, desiertos y selvas; América Latina requiere de cabezas capaces de descubrir con oportunidad, moralidad y eficiencia los mejores caminos de un mundo que tiene que ser nuevo si no quiere morir de caduco.

Las naciones de esta parte del mundo, con distinto grado de madurez cívica, desde aquellas que representan una tradición de sólida institucionalidad hasta aquellas que, convulsionadas, buscan los cauces de una verdadera democracia, son ricas, sin embargo, en ciudadanos eminentes y en grandes valores intelectuales.

Hay grandes cumbres del pensamiento

y del arte; pero el conjunto —si nos atenemos a las cifras y a la experiencia— corresponde a pueblos que apenas emergen del analfabetismo o, en el mejor de los casos, de una educación básica mediocre. Esta afirmación corresponde a una visión general de América Latina y no a algunos países en particular, en que se da una situación más elevada.

La responsabilidad de la clase intelectual dirigente es grande si se trata de producir una elevación general del standard educativo y cultural y no sólo la formación de "excepciones" luminosas.

¿La Iglesia en crisis?

Por otra parte, mirando la situación desde un punto de vista católico, es necesaria otra comprobación.

La mayoría de los latinoamericanos viven un cristianismo formal, no tienen un conocimiento cabal de la doctrina, ni formación profunda y, por consecuencia, la vida cristiana no se manifiesta suficientemente en las actividades diarias de los ciudadanos. Si examinamos las iniciativas de mayor importancia que en el último tiempo han surgido en América Latina, podremos comprobar que ellas no tienen una inspiración vital católica y lo que tienen de sustentación cristiana corresponde al legado general que el cristianismo ha ido dejando en nuestra cultura. Por eso, se puede

decir que el cristianismo no resplandece en las estructuras americanas, aún cuando el Continente se confiesa en su mayoría católico.

Lo anterior podría llevar a la conclusión de que el catolicismo está atravesando por una fuerte crisis en América Latina, a pesar de los esfuerzos que se realizan por evangelizar las capas populares. Una presencia de la Iglesia —clero y seglares— en sólo algunos aspectos de la vida de la sociedad no es suficiente para asegurar el



crecimiento y enraización del catolicismo, especialmente si falta en los niveles intelectuales y directivos. La religión, en este caso, queda relegada a una escala muy inferior y, aunque la obra del Espíritu Santo logre superar los vacíos humanos, pueden producirse períodos muy largos de anemia en la tónica general cristiana de la vida social.

Elites católicas.

Es en este marco de realidades que nos queremos plantear el tema de la importancia de las élites intelectuales católicas.

¿Se trata de élites en el sentido de que dentro de la intelectualidad católica haya un grupo super-escogido que dé la pauta del pensamiento cristiano? No precisamente, sin desconocer la natural selección de

los mejores en cualquier tipo de actividad humana.

Se trata más bien de que los intelectuales católicos sean la élite, es decir, los que den más servicio y de mejor calidad en todo el campo intelectual. En el fondo, se trata de que los profesionales, los escritores, los artistas católicos dejen la retaguardia, dejen de ser el coro de otras iniciativas, el ser comparsas, para ser la vanguardia, la voz cantante, los actores de primer plano en la investigación, la inquietud, la creación científica, literaria y artística de su país y de su continente.

Y esto no sólo por una razón profesional, sino como una ofrenda sobrenatural al Creador que los ha hecho señores de la tierra, a fin de que la enseñoreen para el bien de los hombres y la gloria de Dios.

Es un problema de altura.

Y no se crea que tener o no tener altura afecta sólo al grupo de los intelectuales y que las demás capas del conglomerado social no resulten afectadas por una visión disminuida de los problemas. Como en el teclado de un armonium, subir las notas altas es subir también las bajas, en una elevación que arrastra a todo el conjunto.

¿Podremos decir que en América Latina los intelectuales católicos han actuado con la debida oportunidad, para madurar y elevarse ante los problemas de su medio y de su hora? Creemos que en general no. Y las excepciones han sido muchas veces tildadas de imprudentes.

El sentido de altura a que aludimos no quiere significar una tendencia a la abstracción y a la teorización pura, sino a la elevación y a la amplitud que es necesario tener para juzgar los problemas concretos que se plantean. Frente a una cuestión determinada, se puede ser de poca elevación hablando de los ángeles en vez de hablar del uso de la propiedad, por ejemplo.

Están de tal modo interligados los problemas del momento actual y son tan amplios y rápidos los medios de difusión al alcance de todos, que aún un planteo de catequesis elemental en una parroquia rural está influído por los viajes espaciales. Nuestra experiencia nos indica que ningún escalón del laicado católico deja de estar

influido por la altura o la pequeñez de los planteos de los intelectuales y profesionales católicos, incluyendo en aquellos al clero.

Universidades Católicas.

Las implicaciones que tiene la responsabilidad de las élites intelectuales católicas en América Latina, golpean especialmente el campo universitario y los medios de difusión del pensamiento de la Iglesia.

Ser católico porque así se es mejor profesional, no es lo mismo que ser católico para colaborar a la obra Redentora con todo su ser, inclusive con el aporte de su profesión.

Las Universidades Católicas que existen en América Latina (son más de veinte) se han planteado muchas veces esta cuestión: ¿su catolicidad implica algo más que una mayor obligación de perfección técnica y científica?, ¿su finalidad es o no mayor que el preparar eficientemente profesionales católicos que no tengan, sin embargo, la inquietud por el bien común y que logren solamente un gran prestigio y una sólida situación económica? ¿Es "universal" la Universidad o es más bien un eficiente colegio Superior técnico?

Por otra parte, la preocupación —impostergable y justa— por los problemas pastorales de la clase obrera y campesina, han disminuído —a lo menos aparentemente— la preocupación por una pastoral destinada a la clase intelectual dirigente, que sin quitarle altura la ponga en contacto con las realidades concretas y con la búsqueda de caminos nuevos.

Aunque es innegable que gran número de profesionales católicos están trabajando silenciosamente en los cimientos de las estructuras nuevas de América Latina, su labor no luce aún como fruto de una actitud general de la intelectualidad católica americana y, muchas veces, aparece como una especie de permanente corrección de las líneas, que otros más audaces va creando para el futuro.

La actitud intelectual de muchos católicos está como entrabada por la preocupación de no alterar ninguna medida históri-

ca, confundiendo lo permanente y esencial con las formas que lo permanente y esencial tomó en ocasiones anteriores, pero que ya no son valederas como formas actuales.

El estudio de las causas que provocaron esta actitud sería de un gran interés cultural y apostólico. En el fondo nos parece que es el producto de una falta de ecuación entre la vida y la fe y, por consecuencia, una captación mayor de lo negativo que de lo positivo y motor de la vida cristiana.

En el fondo es una ausencia de Amor. El amor hace encarnarse el cristianismo en la vida y lo libera de ser una pura ciencia.

Este juicio implica un juicio del catolicismo de América Latina, en el que —recién hace veinticinco años, con el nacimiento de la Acción Católica— el sentido de Iglesia ha venido a ser mejor comprendido por el laicado, pero sin llegar todavía a todas sus consecuencias.

Hay, no obstante, una cosa cierta. En todos los países de América Latina, la Jerarquía de la Iglesia y los grupos dirigentes seculares católicos sienten el brote promisor de la responsabilidad del laicado que quiere hacer realidad su cristianismo, para que éste se encarne, y no sólo los hombres sino también las cosas y las estructuras reciban el fruto de la Redención.

Esta operación no podrá ser efectiva si no viene elaborada por los intelectuales católicos que, viviendo en el siglo y sin dejar el mundo, "estén preservados del mal". Serán ellos los que han de sembrar en la masa las ideas que poco a poco han de convertirse en obras.

Por eso mismo, cualquier labor evangelizadora o misionera de América Latina, sin abandonar la masa, debe planearse preferentemente considerando los medios para despertar en los intelectuales católicos una verdadera conciencia de sus deberes profesionales y misioneros. Además de ser ésta una política de mayor profundidad, tiene la ventaja técnica de enrolar en la tarea de re-cristianización a aquellos que por cultura y medios humanos tienen el deber y la posibilidad de ser, en sus propios países, gerentes del bien común.